

## Otavaleños Ilustres

# Jacinto Collahuazo

- Biografía -

Víctor A. Jaramillo

¿Dónde nació Jacinto Collahuazo? ¿Es cuestionable el dato? En Otavalo se sabe, desde hace tres centurias, que el cacique indiano Jacinto Collahuazo nació en este lugar por los años de 1660, cuando Otavalo tenía la categoría de Asiento y era cabecera del Corregimiento del mismo nombre.

En el período colonial los caciques ejercían autoridad ante los indígenas por expreso reconocimiento de las Leyes de Indias, y gozaban de ciertos fueros por la colaboración que prestaban al Corregidor para el mantenimiento del orden, cobranzas de tributos y vigilancia del trabajo que realizaban los miembros de las comunidades indígenas.

Uno de los caciques otavaleños del período de la conquista española fue Collazos, según el testimonio del Adelantado D. Sebastián de Benalcázar, que reproducimos: "Al tiempo que salí de Caxamalca, donde fue preso Atabaliba, en descubrimiento de esta tierra, por mandato del Marqués, y en nombre de Vuestra Majestad, yo descubrí y poblé la ciudad de Quito, y habiéndola poblado y repartido, yo tomé en nombre de Vuestra Majestad al cacique llamado Otavalo, que terná hasta mil quinientos indios; dará agora de renta a la persona que la tiene hasta mil quinientos a dos mil pesos; y teniendo noticia de esta tierra, por más servir a Vuestra Majestad yo le dejé y vine en demanda de ella, en la cual he andado como Vuestra Majestad sabe. A Vuestra Majestad suplico, pues yo lo serví y trabajé y fui el primer descubridor y poblador sea servido que me dé para uno de mis hijos el dicho Otavalo, con los demás indios que allí tuve, con el cacique Collazos, y porque junto a ese Otavalo está un cacique que se dice Carangue, que terná hasta quinientos indios, que es todo una legua y una parcialidad, tiene lo uno que ha servido a Vuestra Majestad dándole ya con él sea satisfecho".

Y para acentuar la presencia de Collahuasos, gobernados por caciques del mismo gentilicio, en Otavalo, insertamos la referencia de Cieza de León que corre inserta en su celebrada "Crónica del Perú". Es la siguiente: "De los reales aposentos de Carangue, por el camino famoso de los incas, se va hasta llegar al aposento de Otavalo, que no ha sido

ni deja de ser muy principal (sic), el cual tiene a una parte y a otra grandes poblaciones de indios naturales. Los que están al poniente (léase levante) de estos aposentos son Poritaco, Collaguzo, los guancas y cayambes ..."

Una de las facultades caciquiles, reconocida por las Leyes de Indias, que más estimaran los indígenas investidos de esta autoridad, era la de transmitir tan notables funciones a sus descendientes, con sus emblemas, el orgullo de su tradición y la autoridad de gobierno y mando.

Jacinto Collahuazo recibió todos estos atributos como parte de su ser, como algo cierto y real que estaba llamado no sólo a conservar sino también a enaltecer en su condición de hombre de letras, a tal punto que los mismos españoles y criollos, a pesar de los prejuicios sociales imperantes en la época, no podían ser ajenos al respeto que imponían el talento y la vasta ilustración del cacique otavaleño.

Explicable es, por lo mismo, que en el Otavalo de fines de siglo XVII y mediados del XVIII, fuera muy conocido el ilustrado historiador, y que la mejor tradición lugareña de los siglos subsiguientes, transmitida de padres a hijos, y de profesores a discípulos, desde que el notable corregidor español don José Posse Pardo fundara con su peculio la primera escuela pública para hijos de los caciques y niños pobres del lugar, se hizo lenguas de un Collahuazo representativo de la más acendrada cultura otavaleña del período colonial.

La tradición oral de un hecho claro y cierto, como es el nacimiento de Collahuazo en Otavalo, ha corrido de boca en boca por todo el territorio del extenso corregimiento, conservándose a lo largo de tres siglos en un alto plano de interés público, desde el momento en que se lo vio como miembro de una notable familia indígena, apellidada Collase, Collabase, Collahuase o Collahuazo, hasta situarlo, en razón de las capacidades intelectuales y del mérito extraordinario que comportaba su condición de historiador, en el corazón de sus coterráneos.

La tradición, con su rastro cierto y seguro, por referirse a un personaje histórico a quien conocieron nuestros antepasados, sería prueba suficiente, de no haber otras, para desvanecer la argumentación negativa de la otavaleñidad de Collahuazo. La tradición, en la vivencia íntima de los pueblos, constituye un testimonio de certidumbre respecto de personas o sucesos sobre los cuales no se ha dejado suficiente y clara constancia escrita. Con todas las lagunas que ofrece, con todas las diferencias adjetivas que conlleva al pasar de una generación a otra, y más aún, de un período a otro, no puede ni debe ni jamás ha sido descartada como fuente de información.

Razones ha tenido, pues, quien dijera que la persistencia o debilidad de las tradiciones es uno de los elementos decisivos en la evolución de la sociedad. Pueblo que ignora el ayer, que desconoce su pasado, que ha perdido el rastro de las generaciones que le precedieron difícilmente logrará un porvenir brillante. La tradición ha de conservarse entre los evange-

lios de un pueblo culto, incapaz de ahogar deliberadamente la verdad, siendo esto mismo, precisamente, lo que ha ocurrido con referencia a Collahuaso en la memoria de sus coterreños, los otavaleños.

Sobre la vida noble y atareada de preocupaciones culturales del cacique historiador se ha escrito realmente muy poco, con la particularidad de que el mayor número de páginas referentes a esta egregia personalidad tiene carácter polémico. Sin embargo, por lo menos en lo concerniente a señalar el lugar de nacimiento de este ecuatoriano que entra con derecho propio en el no muy numeroso grupo de personalidades destacadas del período colonial, cuatro historiadores concuerdan en la otavaleñidad de Collahuaso: González Suárez, Isaac J. Barrera, Padre Amable Agustín Herrera y Jorge Salvador Lara. Los tres primeramente nombrados dejaron un rico legado de investigación veraz y objetiva sobre los tiempos pasados, con referencia explícita de las personalidades eminentes de nuestra nacionalidad. El citado en cuarto lugar, Dr. Jorge Salvador Lara es, también, ampliamente conocido por el aporte inteligente y erudito, de carácter histórico, que viene brindando a la cultura nacional.

González Suárez en la Historia del Ecuador asevera que Collahuaso es cacique de Otavalo, y ratificándose en ello en "Notas Arqueológicas", con el aplomo característico del investigador en posesión de la verdad, se pregunta: "¿Quién fue Collahuaso?" y contesta: "Collahuaso es un indio de raza pura, cacique de Otavalo". Debe advertirse que el sabio his-

toriador no rectificó la aseveración sino que la confirmó en las "Notas Arqueológicas" pese a que por su esbelta posición moral no esquivo nunca "la discusión sobre puntos opinables", agregando luego: "No nos obstinamos tampoco en sostener tercamente nuestro propio parecer, y, con docilidad, nos apresuramos a rectificar nuestros errores, así que, mediante la luz que brota de la discusión caemos en la cuenta de que hemos errado".

De los otros historiadores que hemos mencionado, el polígrafo Isaac J. Barrera y el autor de una buena Monografía de Otavalo, Padre Amable Agustín Herrera, investigadores de indiscutible madurez, para quienes la verdad histórica no debía sufrir ningún detrimento, minaban los archivos desdeñando los manuales repetidores y las informaciones laterales sobre los sucesos notables de la historia del país. Los dos, sin seguir a González Suárez, no obstante ser altísima autoridad en la materia, concuerdan con él una vez hechas sus propias investigaciones

El Dr. Salvador Lara, una de las figuras más respetables de la historiografía ecuatoriana, en un artículo contraído a señalar lo averiguado con respecto a la fecha en que murió Atahualpa, se pregunta: "¿De dónde sacó el P. Velasco los datos que trae en su historia? Parece que fueron tomados del manuscrito "Las guerras civiles del Inca Atahualpa con su hermano Atoco, llamado comúnmente Huáscar Inca", del famoso cacique otavaleño Collahuazo, obra lamentablemente perdida, pero escrita en el siglo XVIII, lo que demuestra que se trataría en ella de

datos posiblemente recogidos de la tradición oral".

En fin, nosotros agregamos una certeza más, por haber hallado en el archivo de la primera Notaría Cantonal de Otavalo, un documento consistente en la numeración, padrón o apuntamiento de los indios naturales del Asiento de Otavalo, por el Contador don Juan Francisco Aguado, juez de comisión por el excelentísimo señor conde de Santistevan, Virrey de estos reinos, en fecha veinticinco de enero de mil seiscientos sesenta y cinco años. Según ese testimonio, Jacinto Collahuaso nació en Otavalo; fueron sus padres Don Antón Collabase y Doña Bárbara Cofichaguango; sus hermanos, Andrés Collabase, Lorenzo Collabase, Magdalena Pichaguango, Magdalena Cofichaguango y Juan Cofichaguango.

La enumeración en la que se registra la persona de Jacinto Collahuaso se hizo "con entereza y puntualidad, participando el Corregidor (que lo fue Don Joshep Antonio López de Galarza) las verdaderas noticias y los padrones ordinarios que suelen y deben hacer para las confesiones, libre de bautismos y casamientos".

Queda así demostrado, con la seguridad documental en que se fundamenta este aserto, que Collahuaso es otavaleño, porque nació en el corazón de esta tierra, y, para mayor detalle, en el obraje de comunidad de Otavalo, que vigilaban sus antecesores. Y nos hemos empeñado en ello, no por echar a correr la última referencia por nosotros encontrada con sabor a novedad, sino porque bien sabemos que el lustre de los hijos redundará en honra y gloria de la madre.